

y el criado que conduce la comida, cerrando tras sí la puerta primera para subir, que dejan siempre en estos actos abierta, por estar cerrada (y bien, como tengo dicho) la primera para bajar.

Por más que quiera esmerarse la piedad y la confianza, estando observada del poder tirano, ejecuta lo que puede, no todo aquello que quisiera, porque teme que de un efecto de la caridad resulte contra sí un rayo de la aversion. Quiero decir, que aunque todos los individuos desta santa casa son asombro de la clemencia y preciosos lustres de la conmisericacion; aunque usan conmigo de mucha, no es toda la que quisieran; porque como saben de dónde y de qué procede mi martirio, temen que su misma misericordia sea para tormento suyo. Porque, como no aspira la crueldad á más gloria que á la de reducir á triste despojo y victima infeliz de su rigor á lo que aborrece, si aquellos á cuyo cuidado pone este castigo no cumplen á correspondencia de su vil deseo, mas que á miramientos de la justicia, descarga su tirano brazo sobre los mismos que nombró su maldad por ministros ó guardas de su tiranía. Estos justos recelos hace que procedan con tan cautas prevenciones estos mis hermanos religiosos en mi custodia y cuidado; pero al mismo tiempo que llegan á ejecutarlas, la misma violencia que impele para ello á sus piadosos pechos, les hace notablemente sentir las. Ya se ve; como no es posible que la clemencia nativa se asocie jamas con la tiranía natural, obedece aquella á esta con tanta violencia, que en sus mismas operaciones se distingue y observa, por temor del poder, no por efecto de la propia crueldad.

Mi Juan (asi se llama mi querido criado) me hace dar cuatro paseos, sosteniéndome algun tanto sobre sus hombros, para ser ménos molesto el embarazo de los grillos, divirtiéndome media hora en esto, y en referirme (porque no habla mal, aunque no escribe bien) algunos casos que le han pasado, pues aunque de pocos años, ha corrido bastante tierra. Otra media hora gasto en dar á Dios postradas y reverentes gracias por los muchos beneficios que me hace, manteniéndome con toda mi robustez en medio destes quebrantos; en los cuales resplandece tanto la divina Omnipotencia, que siendo el menor dellos aptísimo para quitarme la vida, me la deja gozar con tanta tranquilidad, que puedo decir que jamas me sentí con más fuerzas ni más libre de

achagues. Bien reconozco que esto es efecto puro de la infinita misericordia de Dios, pues asi como ha dispuesto padezca yo estas penalidades por castigar mis delitos, asi tambien quiere conozca esto mismo, y apague con el agua de la contricion el adusto fuego de la culpa. Lo que me hace decir, en medio de tanto contrario poder como me persigue, lo que me enseña David: « Á mí y á Dios venga todo el mundo. »

Á las dos me recojo en mi lecho, no tanto para dormir como para pensar, en donde estoy hasta las tres y media, que, si me quedo adormitado, me llama Juan y me levanto.

Á esta hora con corta diferencia, se vuelve á oír el ruido de la puerta primera, y baja el mismo religioso v el criado de la casa, no á otra cosa que á que este administre una buena porcion de lumbre al brasero; la que recibo con tanto gusto como la comida, por el mucho frio que aquí se experimenta. Hecho esto, se retira el criado á cuidar de la puerta de arriba, para abrirla y cerrarla á algunos religiosos que les es permitido bajar á honrarme con sus visitas y á instruirme con sus talentos. Regularmente son cuatro los que con frecuencia concurren, aunque otras veces componen mayor número; y aun tengo bastantes tardes la gran satisfaccion de que me favorezca con sus visitas el reverendo padre Prior, sugeto verdaderamente recomendable por su literatura, discrecion, bondad y desembarazo para todo lo que sea dirigido al provecho y beneficio del prójimo; pues, porque este lo disfrute, es capaz de despojarse enteramente del suyo.

Sentados todos en mi frígido y tenebroso gabinete, que serán ya las cuatro, se tocan distintos asuntos; ninguno pueril ni superficial, todos sí dignísimos de ser oídos, tanto por las conferencias y disputas que sobre ellos se suscitan, por ser generalmente de los más escabrosos y controvertidos, como por las altísimas razones que cada uno produce en apoyo de lo que defiende. De modo que con verdad puedo decir que, aunque compuesta de tan pocos sugetos, es esta una academia tan grande, que de su inspeccion se ocultan pocas ciencias y facultades; pero tratadas todas con nervio, con elegancia, con juicio penetracion y sabiduría.

Cada día me admiran más las nuevas doctrinas que oigo á mis queridos hermanos; de lo que me resulta aprender mu-

chísimo que ignoraba. Ya se ve; son todos tan sábios, que, con saber tanto, presumen de no saber nada; que es la única y más exquisita ciencia que puede y debe saber el docto; porque la presuncion, por más que estribe sobre poderosos cimientos, siempre pareció necesidad.

Aunque se tocan bastantes materias, no se habla mucho, porque lo bueno siempre pareció poco, ménos al malo; que á este sólo le parece superior lo malísimo, y despreciable lo mejor. No sólo no gusta de oír lo bueno, sino que abomina del que lo es, y del que lo dice, y del que lo hace. Y estas tres diferencias no deben tenerse por molesta repetición, sentando que todo bueno dice y hace lo mejor; porque, aunque esto es el que es así, no lo es mirado de otro modo. El que parece bueno en sus obras, puede no serlo en sus palabras; y el que lo fuese en estas, puede no serlo en aquellas. Máxima es esta tan poderosa, que advirtiéndola Séneca, dice: « No tengas por bueno al que lo sea en sus palabras, si no lo tuese en todas sus operaciones; que la sirena para matar halaga. »

Lo que con toda pureza puedo asegurar á vuesamerced es, que si todo el tiempo de mi prision lo pasara con esta mi amable compañía, haria delito suficiente para tenerla perpétua; porque aquí se registra á la sabiduría tan en su punto, como á la verdad en su altura. Y siendo tan constante lo que dice Séneca, « que de dos males que hay en la vida, que son ignorancia y muerte, es más sensible la primera que la segunda, » parece no deben tener jurisdiccion ni imperio los miedos della, á lo ménos en los ratos que voy refiriendo, pues todos están empleados en producir, en los que me testejan, los más peregrinos discursos y los más eminentes argumentos, metiendo yo alguna parte del insuficiente caudal de mi entendimiento á ganancias ciertas en tanto abismo de utilísimas agudezas y discreciones. Ya se ve; son doctísimos, y aunque ya no se hace caso dellos, ó porque los ignoran, ó porque son necios los que conociéndolos los desprecian, ó porque la dicha del saber trae consigo el imperio de la desgracia, — es seguro que más obran en un imperio los aciertos de un consejo, que las flechas ni la espada. Tengo de emplear un rato en probar esto, para que sirva de óculto castigo á los insensatos, que lo niegan con tal tropel de confusas razones, que en esto mismo acreditan su sinrazon.

No admite duda que pueden más los discursos que los brazos: porque aquellos, mientras más empleados, más sagudos; y estos, mientras más luchan, más se rinden. Así lo entendieron los capitanes de Grecia, y por lo mismo no fiaban sólo del valor de Diomedes para registrar la campaña, sin que le acompañase la cordura de Ulises. Pudiera producir destas pruebas infinitas; pero, con otras de superior naturaleza, no tendrán que responder sin temeridad los que á la sabiduría le quitan la preeminencia sobre el valor y las armas.

Cuando quiso Dios darle compañero á Moisés en el mando, escogió sesenta sábios para elegirlo.

Sólo pidió Salomon la sabiduría para ser gran rey, porque ella ha logrado más triunfos que las armas. ¿Qué pueden hacer estas, por mucho que hagan? ¿Sujetar con violencia y oprimir con rigor? Pues aquella sujeta con discretas persuasiones de tal modo, que roba los corazones y embelesa los espíritus. Una elegante oracion, adornada con todos los suaves preceptos de la elocuencia, es una especie de embriaguez tan alta y tan poderosa, que no atrae con más nativo imperio el iman al acero, como ella á las voluntades más opuestas y á las almas más encontradas. « Esforzado serás, dice Dios en los *Proverbios*, si eres sábio y valiente y industrioso, porque sabrás guerrear con disposicion advertida. » Y últimamente, para más inexpugnable prueba, por repetida en otra parte, y aun más al asunto, dice Dios « que es mejor la sabiduría que las armas. » Mas, sin embargo, es documento de Pitágoras (y acertado por cierto) que en todo ha de haber un grano de sal; dando á entender que debe ser con « sabiduría el saber. » Y yo añado que ninguno debe usar della como el rey don Alonso el Sábío, que, por atender á las letras, se descuide del gobierno de lo que esté á su cargo. La sabiduría grande es aquella que con su discrecion sazona las obras. Si se corre al camino de la perfeccion sin ella, asiste poco deseo de llegar á él. Con una vez que se tropiece, es suficiente para lisiarse de modo que se quede sin provecho; porque para volver atras basta no ir adelante. Si cada dia produce ménos agua el manantial, no está léjos de secarse. Si el espíritu se detiene, puede de modo resfriarse, que lo que empezó virtud termine en iniquidad.

Á las seis administra mi criado el refresco, y sigue despues

dél la conversacion hasta las siete, en cuya hora vuelvo á quedar en mi soledad y encierro. Desde ella hasta las ocho y media rezo; empleándose en lo mismo mi Juan, que es muy bien inclinado, y por ello de mi mucho más querido. Á esta hora trae la cena el criado de la casa (y más lumbré para el brasero), acompañado de mi compañero de mesa. Cenamos, siendo yo en esto muy parco, como á vuesa merced le consta, y tenemos despues alguna conversacion bastantemente útil; porque, aunque no hay potro que haga hablar más que una mesa, aquí tienen poco lugar sus fuerzas. Apénas dan las nueve vuelven á bajar, si no todos, algunos de los mismos que me visitan por la tarde, y otros diferentes religiosos. Formamos entre todos (siendo yo el lego en todas inteligencias) una general academia de las ciencias y artes, teniendo precision cada uno de resolver la duda que en cualesquier materia y facultad á uno ó á todos se le ofrezca; en cuyos discretos y profundísimos aprietos (que se buscan de intento) se oyen cosas muy preciosas, y algunas que merecian esculpirse en bronce.

Á las diez y media se retiran todos, y me pongo inmediatamente á escribir hasta las doce. Gasto despues media hora en contemplar la grandeza de Dios y la nada dél nombre, asunto que ilustró siempre á mi torpeza, para reconocer á fondo mi miseria.

Presumo que es la cama mi sepultura, y procuro con toda mi posibilidad tener un gran dolor de haber ofendido á aquel Señor tantas veces. Pero sabiendo que su divina Majestad recibe con su infinito amor al pecador arrepentido, pongo todo mi esfuerzo para estarlo, entendiendo es aquella la última noche de mi vida.

Concluida esta admirable meditacion, me desnuda y ayuda á entrarme en el lecho mi criado. Recógese este en el suyo, y como están los dos tan inmediatos, me divierte con su conversacion hasta la una, en cuya hora empiezo á entregar mi vida á la jurisdiccion del sueño, verdadera imágen de la muerte.

Regularmente duermo hasta las tres y media, en cuya hora despierto; y siendo la ociosidad madre de todos los vicios (lo que, habiéndole conocido así, apoya Séneca, diciendo: « De ningún delito, por atroz y infame que sea, se librará el ocioso, pues este es un vicio tan detestable, que se puede llamar el

productor de todos » ), — empleo la hora que hay hasta las cuatro y media, en la que vuelvo á quedarme dormido, en leer; teniendo Juan muchas veces que levantarse á encender ú á despabilar la luz.

Este género de estudio es el que más me aprovecha, pues el silencio de la hora, la aplicacion con que lo ejercito, y el ningún ruido ni alboroto que pueda distraer la atencion desta subterránea habitacion, disponen se imprima tan fuertemente en la memoria cuanto leo, que es como imposible se escape della en muchos años lo que una vez recoge. Gracias á Dios, que siempre me ha favorecido con esta alta potencia; que si fuera mi entendimiento igual, no produjera las públicas ignorancias que siempre en sus productos se experimentan. Ya veo que el ser en todo grande fuera grande monstruosidad. Conténtome con no ser tan pequeño en todo, que no pueda servir de algun provecho en algo. Esto de tener mi paciencia y mi conformidad desembarazadas para resistir las desdichas, y el ningún júbilo que las felicidades me causan, no es despreciable; y últimamente, si el mayor discreto es aquel que sabe labrarse el eterno bien, no soy muy necio, pues puede darme este el mismo sufrimiento que para todo me asiste.

En efecto, á la referida hora de las siete estoy ya vestido, y empiezo á ejercitar el mismo género de vida expresado; pues, como aquí ni se muda de habitacion, ni se varia de sugetos con quien tratar, aun cuando sean diferentes las inclinaciones y distintos los pensamientos, no pueden dejar de ser siempre unas las operaciones, por más que se cambien en parte las palabras.

Esta es, amigo mio, la puntual pintura que á vuesa merced prometí. Esta es la vida á que me tiene reducido el que, por no haber querido yo ser su privado, es hoy mi enemigo con tanto teson, que pareciendo cosa rara en sus años, es efecto propio de sus intenciones.

Lo que en la juventud se aprende, toda la vida dura; y el camino ó descamino della es la carrera para la vejez; y como dice Eurípides, « mal puede sazonar el otoño lo que no floreció por mayo. » Por esto no llega para todos la vejez á un tiempo: algunos nacen ya viejos, no porque sea en ellos breve la edad, sino porque se anticipan al tiempo en las virtudes. Por las mu-

chas morales suyas, mereció á los veinte años de su edad el consulado Valerio Corvino. Pero lo que admira más es, que siendo tan constante que á la ancianidad no le queda otra cosa que hacer que el arrepentimiento de lo que fué en la juventud, haya hombres que, olvidados desto, ejerciten en su más que madura edad las acciones vengativas de aquel formidable odio que en la mocedad engendraron. Ni quieren conocer que si el jóven puede morir presto, el viejo no puede vivir mucho; ni que de jóvenes escapan todos los que llegan á viejos, pero de viejos, ninguno. Claro es que no conocerá esto el que casi no conoce á Dios, por aquella tibieza con que observa, ó no guarda, por mejor decir, sus preceptos, y en particular el primero y el quinto; aquel, porque mal puede amar á Dios quien á su prójimo aborrece; y este, porque su único deseo es ofenderlo y arruinarlo.

Equivocan algunos ignorantes esta tibieza con la flaqueza, siendo así que distan mucho, tanto como de uno al otro extremo. Esta puede ser virtud, pero aquella siempre es culpa. Gran dolor necesita el tibio, y sólo mucha humildad el flaco. La tibieza es falta del ánimo, la flaqueza efecto de nuestra miseria. Al tibio aborrece Dios, y del flaco se compadece. De aquel, y no de este, se lee en el *Apocalipsis* que le vomita Dios. Á este Señor, de quien dice Isaias que no mata al lino que humea ni acaba de quebrar la caña cascada (vivas representaciones del flaco), nos le pinta san Juan tan aborrecedor del tibio, que le lanza de sí como vómito.

Mas dudando yo hubiese alguno que mirase más por otro que por sí, reflexiono agora que estos tibios en amar á Dios, pero en perseguir al prójimo fuertes, lo hacen con propiedad: pues en el mismo injusto padecer que á este motivan, miran más por él que por sí propios, pues lo que en ellos es culpa, será en aquel mérito si lo lleva con paciencia. Esta es la llave prodigiosa labrada con las mortificaciones (que causa la aversion con que nos tratan y castigan los que mal nos quieren), que abre las gloriosas puertas del cielo, donde nos asegura una corona de dichas eternas, que se mereció tolerando una vida de trabajos y asechanzas continuas.

De todos mis contrarios puedo librarme, como no sea tibio en obrar bien, porque á los desta especie ya los tiene respeto

la crueldad, porque la exceden en todas sus operaciones. No es discurso mio, que el mismo Dios lo dice. Luego mal podré desembarazarme de mi enemigo cuando es todo aquello, y si cabe, mucho más; que ni cabe en la voz para pronunciarlo, ni tiene ámbitos el papel para escribirlo. Bastante lo siento, no tanto por lo que paso, cuanto por lo que él se pierde; porque no es otra cosa para quien obra contra el prójimo, que labrarse su eterna perdicion en el mismo mal que á este motiva: pues del daño que le ocasione resultará la ruina que le precipite.

Yo sé muy bien que desde cualquier rincón se puede saltar al cielo, porque en la resignacion consiste la bienaventuranza. Padezca yo enhorabuena su rigor, sienta su poder, castígueme su brazo y aniquíleme enteramente su crueldad; que, por más lastimado y rendido que me deje su odio, más quiero, como me enseña Cristo, perder un ojo para entrar en el cielo, que ser arrojado en el infierno con ambos.

Lo que creo y pienso es que miéntras más trazas perniciosas y ardides depravados labrique para duplicar mi tormento, de aquella misma punta con que me hiera nacerá la rosa que me corone. Dios es gran consolador del triste que lo busca; y así como el jardinero que quiere más fragante el rosal suele cercarle de la basura de más desapacible olor, así tambien aquel Señor entónces quiere más al hombre cuando le ve en mayores persecuciones, mani. estando su humildad en tolerarlas.

Lo que hoy sufre el perseguido premia Dios mañana, disponiendo se descubra su inocencia y la maldad de sus enemigos. No fien estos del secreto ni del poder, porque nunca dejó de hacerse pública la culpa que cometen algunos por cómplices, siguiendo al que la ordena por cabeza. Aunque este y aquellos la callen, los brutos la publicarán. Boca tendrán las paredes, lengua los mármoles, y ya se sabe que tienen eco los techos, como dice Juvenal. Sentencia es de Dios, en el *Ecclesiastés*, « que las aves darán voces, y con las plumas de sus alas escribirán la sentencia de los delincuentes. » Aunque gentil, habló Séneca como un san Pablo cuando dijo: « Necio es, por sábio que sea, el que cree que, por oculto y rebozado que esté su delito, no se ha de hacer público á todo el resto de los hombres; el mismo sigilo con que conserve su delito ha de hacer reviente el pecho que lo guarda, ó que lo vomite. »

Dió Filidas la muerte á su hermano Artufo con el ansia de heredar á su padre Ritursio. Este fratricidio fué tan secreto, como que aconteció estando Filidas, al parecer, aunque despues resultó lo contrario, muy enfermo. Y habiendo amanecido Artufo con dos puñaladas en su cama, er: nadie ménos que en Filidas ponía Ritursio la atencion para indagar quién fué el cruel brazo que á su hijo primogénito dió cruel y traidora muerte. Mandó no dijesen nada desta á Filidas, por no duplicar con la pesadumbre el accidente fingido, que el infelíz padre tenia por verdadero. Todas diligencias se hicieron; pero no se descubria el agresor, por más que discurría la cautela y el cuidado de descubrirlo. Mejoró Filidas, porque ya vió se iban resfriando las memorias de tan lastimosa tragedia. Pídele un día á su padre le alargue las chinelas para salir un rato de la cama. Tómalas el buen viejo para dárselas, y advierte que en la suela de la de la derecha estaba pegada una sortija que siempre trajo consigo su querido cuanto desgraciado hijo Artufo, y no se le halló cuando se le encontró muerto. Recuerda este hallazgo su sentimiento, y este prontamente avisa á su cuidado. Registra con todo el que pudo aquella y la otra chinela, y halla en esta dos gotas de sangre, que al instante inflamaron la suya, por serlo aquella misma. Y en el mismo instante, atropellándose los discursos unos á otros, juzga con verdad que el reo es su hijo, siendo otro hijo el muerto. « Artufo traía siempre consigo esta sortija (decia para sí Ritursio): yo se la vi la noche de su desgracia. No se le halló cuando cadáver, al paso que Filidas no pudo pisarla á no haber entrado en el cuarto de Artufo, porque este no entró nunca en el de aquel. Esta sangre de la otra chinela, ¿quién duda es la mia, por ser la de mi Artufo? Á este hijo mio mató Filidas, mi hijo, por avaricia. Pues sea instrumento de la muerte de Filidas su padre; que en esto vengará con su sangre á su sangre, y hará recomendable esta accion á la justicia. » Dióle las chinelas á Filidas, y partió á referir el caso al Senado. Aseguróse á Filidas; y como el traidor siempre es cobarde, no tuvo otra cosa que responder sino confesar su delito, y sufrir por él la pérdida de su vida, á que justamente lo sentenciaron.

Por estos ó por otros semejantes inesperados trámites se

descubren siempre las traiciones y las crueldades. Nada me lastiman, aunque con rigor me ofenden, los que conmigo las causan, porque no quiero ser de aquellos malos que sólo temen la fama, sino de los pocos que sólo respetan sus conciencias. Y es evidente que sin gran trabajo no se compra una gran fama.

Comprenda vuesamerced, amigo mio, por qué modo tan raro espero la satisfaccion del castigo que paso, sin merecerlo por lo que me culpan, como largamente expresé á vuesamerced en mi anterior. Lo que ejecutan conmigo ha de pasar (y aun creo será peor) con los que lo motivan. Preciso es que experimenten en sí el mismo mal que ocasionan á su prójimo, porque está muy mal con Dios quien con aquel no está bien.

Cierto Lieurgo queria vengarse de Manlio, porque era justo en su profesion, cortándole las cepas de una viña; y del mismo airado impulso para ejecutarlo, resultó su castigo, pues él propio se cortó un muslo. No pueden faltar las sentencias de Dios, y tiene dicho esto mismo en distintas partes.

Así como espero la remuneracion de mi tolerancia (que pido á Dios sea en descuento de mis gravísimas ofensas contra su Majestad divina), así tambien aguardo se mejore la enfermedad de mi tormento, aun en el tiempo en que ménos lo solicite. No hay tempestad sin bonanza, ni hambre sin satisfacerse. La rueda desta que llaman fortuna siempre está en movimiento continuo. Los que están en la eminencia de su rueda, sólo deben temer, aunque no lo temen, el caer; el abatido no lo puede estar más si tocó el último grado de la infelicidad, como á mí me sucede. Por lo mismo sólo aguardo de una á otra vuelta subir; porque si el dichoso ha de temer verse infelíz, el infelíz bien puede esperar verse dichoso.

Todo esto tiene más superior objeto que el que se representa. No es esta dicha que digo las que en este destierro se disfrutan, sino aquellas que en la patria se gozan. Infelíz soy en extremo por haber ofendido á Dios; pero si á este conocimiento acompaña el debido dolor, y el prometimiento constante de la enmienda, es indispensable que llegaré á ser dichoso eternamente.

Al poner este punto se oyó abrir la puerta primera de mi

prision para bajar la comida, pues aunque en esta hora no acostumbro escribir, sino leer, como llevo dicho, hoy quise concluir esta que principié ayer; lo que ejecuto, diciendo sólo aplique vuesamerced todos sus esfuerzos, sus máximas y entereza para percibir y comprender clara y distintamente el órden que se guarda en mi causa; pues, como no se me ha oído en justicia, penetro no se han fabricado otros documentos que justifiquen las culpas que me acumulan (tan voceadas como no cometidas), que aquellos que llevaron á los reales oídos el rencor, la malicia y el engaño y la cautela. No siendo esto así, á lo ménos se me habia de haber tomado confesion; porque sin esta circunstancia, no es visto ni hay disposicion legal que lo permita, se imponga el castigo á quien persumen reo. Y aun cuando esto esté justificado plenamente, la confesion es el indispensable requisito para dar curso y exámen y sentencia difinitiva al proceso.

Aviseme vuesamerced de cuanto pueda descubrir en este asunto, y en los demas que le tengo encargados, pues me precisa disponer un escrito para el Rey, que creo me sirva de mucho, y lo dirigiré á las reales manos por las de vuesamerced; y no puedo ejecutarlo sin semejantes noticias.

Quedo tan de vuesamerced como siempre, rogando á Dios guarde la vida de vuesamerced muchos y felices años, sin enemigos crueles y poderosos, que será suma complacencia para su verdaderó amigo de vuesamerced. — *Quevedo*.

Á DON DIEGO DE VILLAGOMEZ, CABALLERO DE LA CIUDAD DE LEON, SU GRANDE AMIGO, QUE HABIENDO VENIDO DE FLÁNDES, DONDE HABIA SIDO CAPITAN DE CABALLOS, Y HECHO Á LA CORONA REAL MUCHOS Y MUY RELEVANTES SERVICIOS, DESENGAÑADO YA DEL MUNDO, SE ENTRÓ EN LA COMPAÑIA DE JESUS.

Señor don Diego: Yo, que soy el escándalo, escribo á vuesamerced, que es el ejemplo; y siendo tan diferentes, encaminamos á los otros á un mismo fin: yo en que nadie haga lo que yo he hecho; y vuesamerced, en que todos hagan lo que hace. Tanto se sirve la virtud, del horror que da el malo para el escarmiento, como de la virtud del bueno para el crédito.

Hasta en el dejar vuesamerced de ser soldado se muestra buen capitán. No deja el oficio, lógrale y mejórale. La guerra es de por vida en los hombres, porque es guerra la vida, y vivir y militar es una misma cosa. Dejar la compañía propia por la de Jesus es seguir mejor bandera, asegurar el sueldo y la corona, que sólo se da al que legitimamente pelear; merecese, y no se negocia. Da el premio el General por los trabajos con que él nos le ganó; nada nos manda ni pide que primero no lo padeciese por sí; no por relaciones sabe lo que cuesta; ni puede ser engañado ni engañarse.

Alta y descansada seguridad es esta para quien ha padecido las invidias de los hombres y las trampas de la fortuna. El soldado que se vuelve á Dios, y deja á los ejércitos por el Dios de los ejércitos, asegura el oficio, no le abandona. La mayor valentía es el huir el furor de las batallas.

Á esta paz, contra mis enemigos belicosa, quedé tan pobre como si hubiera vivido bien, y tan delincuente como si hubiera robado el mundo. Vi cobrar este propio estipendio á los grandes señores que vi mandar las armas; y á los que ensordecieron con rumor la tierra, y fueron amenaza de grandes poderios, les fué postrera cláusula de su vida cárcel desacreditada. Recorra vuesamerced su memoria, y hallará cimiterios de ilustres cadáveres, y horribles con los güesos y prisiones de los que acompañó y le dieron órdenes.

Sólo vuesamerced ha logrado este desengaño, pues deja la compañía de que es capitán, por ser soldado de la compañía de Jesus, cuyo teniente es el glorioso patriarca san Ignacio. Su bandera deben seguir todos los arrepentidos de la milicia del mundo; pues él, siendo soldado tan bazañosamente valeroso, fué fundador (digámoslo así) de la soldadesca reformada y infatigable para las conquistas de Dios. Fundó aquel soberano cántabro una órden ó ejército, que conquista con palabras en los pulpitos el conocimiento; con el oído, en los confesonarios, la enmienda; con la leccion en las cátedras bate la ignorancia; con las plumas en los escritos, la herejía; con la modestia y decencia religiosa de sus pasos en público, la desenvoltura mal recatada.

Hoy cuento, señor don Diego, catorce años y medio de prisiones, y en la cárcel nueve heridas, en que cuento el jornal de mi perdicion. Téngame vuesamerced lástima, en paga de la